

UNA CRONICA TESTIMONIAL

Carlos Jorquera

30
 AYMAMA INES, Jorge Guzmán, Editorial Andrés Bello, Santiago, Segunda Edición, 1994.

Ay *mama Inés*, rítmico vocativo de esclavos cafetaleros, exclamación descentrada del discurso histórico chileno (o aparentemente), define en la última resonancia a esta crónica testimonial, que no es más que una gran novela.

Todas esas corrientes subterráneas, esas sangres y culturas amordazadas, supuestamente eliminadas como desechos simpáticos, pintorescos, apenas de interés museológico, irrumpen desde el fondo de la historia, desde esta historia de Jorge Guzmán.

Esta crónica testimonial sólo puede ser testimonio de la conciencia narrativa. Y eso es invención e imaginación que llena con humanidad las figuras fundacionales de nuestro país. La novela de Guzmán tiene el correlato histórico de las crónicas de la época de la Conquista de Chile y los hechos narrados están rigurosamente apegados a ellas. Entonces, el mérito del autor consiste en estructurar una conciencia y una forma real para los protagonistas.

Los héroes son vaciados de todo lastre inhumano creado por un idealismo desprovisto de verdad y de sangre. Los héroes, a lo Carlyle, no hacen la historia. Ella es más compleja. Es una trama sutil y delicada. Es, por ejemplo, una india guatemalteca que recoge a un rufiancillo indígena y lo convierte en su hijo. O un sueño a las márgenes del Mapocho. O una cuchillada arterial en el vientre del cacique Aldequín. La novela expone, con una lucidez encomiable, con un lenguaje extraordinariamente denso de significados, un horizonte metafísico-cultural cuya línea se mueve entre Erasmo de Rotterdam y Bartolomé de las Casas, pasando por Maquiavelo.

AVIDEZ Y SUEÑOS

Es el mundo que estalla en Chile como una bomba de racimo que irradia en todas las direcciones. Es la avidez material, la locura, pero también una búsqueda más difusa. Los conquistadores llegan, fundan, son ciudadanos, asumen cargos. Cada cual quiere ser más, cumplir sueños de riqueza, de grandeza, pero también de pequeñez, de reuniones y tertulias, de siestas bajos los árboles, aunque en medio del terror por los ataques de los indios. Estos, a su vez, son también otra porción de este mundo, otra esquirla del obús. No están vistos desde adentro (recordemos lo testimonial), sino, conmovedoramente, como huellas y pretextos para el miedo, el placer y el horror.

Este Santiago lleno de mutilaciones, añagazas y actos conspirativos, es el real, el que a veces nos supura de las feas heridas del "alma nacional". Y en este mostrar, Inés Suárez, la barragana del conquistador Pedro de Valdivia, se nos aparece como el núcleo lleno de contradicciones y simplezas de esta corriente humana que viene a aposarse en el nuevo territorio. Es el sueño de Valdivia visto a través de la relación con la mujer presta a brindar placer, pero también consejos y amor. Es la transgresión que se permite en la medida en que no hay mujeres y sólo indias. Aunque una vez que la dominación comienza a adquirir los contornos de una sólida construcción, los derechos legales exigen la completa aquiescencia y subordinación.

Inés es la subyugación, la dependencia trasladada al nuevo país, a la utopía. Y es así porque la utopía es buscada por hombres demasiado humanos, demasiado hechos para el pecado y la disolución. Todo lo callado, lo oculto, lo tapado emerge desde la novela, con naturalidad, como sucesos que acaecen de esa forma y no de otra, con un narrador que nunca se involucra, que conduce sin que se advierta cuál es su intención. Esa es la gracia de una narración perfecta. Hacer de las tuyas sin que se note. Para ello, sin caer en excesos, se vale de otros narradores: Inés, Romero, Guzmán, algún

personaje lateral que se convierte en conciencia para enriquecer la globalidad.

Los melancólicos atacameños o los inteligentes mapochones, los indios auxiliares, los negros, el tremendo salto a través del despoblado de Atacama, las imágenes del Paraíso nunca atrapadas por Pedro Gómez de Don Benito, las conspiraciones de Pedro Sancho de la Hoz, todo es un variopinto material al que el autor siempre agrega esa cuota de vida verdadera que transforma a la ficción en el testimonio de una lúcida conciencia.